

My grandfather used to go for walks and sometimes he would come back with a stone, that he would give to one of her daughters.

*Keep that stone, look how beautiful it is.*

Now that he is gone, I contemplate those stones and think of his walks in the countryside and the gaze that chooses a stone in between a thousand, the criteria or the sensibility that makes him focus his attention on an object and extract it from its habitat. Would he had chosen a river stone on a volcanic land? Would he had focused his attention on a semi-buried malachite in the slope of a mountain? We feel surprised by the presence of an object that seems not to belong to where it is placed, as if a previous implicit beauty already existed in the chain of exceptionalities that have placed it there. And even this seems like a universal criteria, it unveils a mystery when we discover that someone else chooses something you will never put your attention on. Is one of the few moments when we can realize, with some astonishment, that a sensibility different to yours occupies another body. We can only feel true love if we are capable of letting ourselves be fascinated by this challenge.

Thinking about this has made me realize that, when my grandad used to gift me a stone, was a nice gesture, but he also gifted with absolute seriousness. A common stone is an object with no apparent value, but within the act of gifting, more than a stone what you gift is the gaze that found the beauty in that stone, as an invitation to join that discovery. The stone is nothing more than the container of two gazes, looking to found each other on its interior.

Marina's walks around the neighborhood have so many things in common with my grandfather's walks and his stones. On her way to do some errands, she directs her gaze to those places where people abandon objects. Sometimes, she looks for something specific, others she allows herself be taken by a disperse attention, others she ask for help to her friends and she claims a rescue of very specific characteristics. When she keeps an object, she carefully looks for a specific place in the studio; there it is going to spend some time living together with the rest of the elements, consolidating an identity, growing, transforming, sharing the space.

The emotional cycles coordinate and modulate the creative process to points that sometimes we cannot understand, nevertheless, Marina's exhibitions have something of a mood catalogue. She likes to leave the body open to the emotional processes, without scaping the appearance of contradictory moments or rhythm ruptures. This way, the contemplator, can recognize his or herself in the same life that resonates in between this fissures. If we go inside them, we can

recognize two forces fighting with no pause in their work: an entropic nature that devours with no pity the fragile structures of the human and psychology in crisis trying to keep an order and create sense in the middle of the absurd. Time is such a terrific vortex and before the panic it provokes, we play to administer it as a child plays to represent an adult's profession. Marina uses agendas and calendars, tools from rationalism but that also function as charms or spells, protecting us from that ancient horror. They are like a small cage, where we keep the days from scattering over life, turning it into chaos – the reason why they have something compulsive and esoteric.

Even sometimes they go unnoticed, presents also have to do with the administration of time. We have dedicated the time normally reserved for something else to choose, construct and acquire the gift. When we fabricate it, like a craft, we are not giving a mere object but the time we dedicated to it. Maybe that is reason why so many kids give this sort of presents, those who have little more than their own time. Time coagulates in a gift, the gift its charged of spirit. This might let us realise all the energies involved in the material manifestation of the object, in any other way we would not be able to make sense of it. The gift nurtures itself from the affects and the debts, transcribes emotions that go from forgiveness to desire, lightly fluctuating through the frontier of the manifested and the unmanifested. It is point of encounter and exchange, a friendly currency. If the exchange is between an object and a 'thank you', this should not have less value than the object itself and it is thus how gratitude may shiver, it is conscious of its disequilibrium and desire to inundate it all.

I return home and there are quiet stones place on the furniture; they don't stand books or weight papers, they don't do anything apart reveling a gratitude held in time.

Raúl Lorenzo Pérez

Mi abuelo salía de paseo y algunas veces volvía con una piedra que regalaba a una de sus hijas.

*Guarda esta piedra, mira qué bonita es.*

Ahora que él no está, contemplo esas piedras y pienso en sus paseos por el campo y la mirada que escoge una piedra de entre otras miles, los criterios o la sensibilidad que apremian a que fije su atención en un objeto y lo extraiga de su hábitat. ¿Habría elegido un canto rodado en un entorno volcánico? ¿Se hubiera fijado en una malaquita semienterrada en la ladera de una montaña? Sorprende la presencia de un objeto que parece no pertenecer al lugar donde se encuentra, como si ya existiera una belleza implícita en la cadena de excepcionalidades que lo han colocado ahí. Y aunque éste parezca un criterio universal, se revela un misterio cuando descubrimos que otro elige algo en lo que tú no te hubieras fijado nunca. Es uno de los pocos momentos en los que podemos reconocer, con cierto asombro, que una sensibilidad distinta a la tuya ocupa otro cuerpo. Sólo podemos sentir verdadero amor si somos capaces de dejarnos fascinar por este desafío.

Pensar en esto me ha llevado a entender que, cuando mi abuelo regalaba una piedra era un gesto simpático, pero también regalaba con absoluta seriedad. Una piedra común es un objeto sin valor aparente, pero en el acto de regalar, más que una piedra se regala la mirada que encontró belleza en esa piedra, como una invitación a que te unas a ese descubrimiento. La piedra no es más que el contenedor de dos miradas que buscan encontrarse en su interior.

Los paseos de Marina por el barrio guardan similitudes con los paseos de mi abuelo y sus piedras. De camino a hacer algún recado, va dirigiendo la mirada por los lugares en los que la gente deja objetos abandonados. A veces busca algo fijo, otras se deja llevar por una atención dispersa, otras pide ayuda a sus conocidos y reclama el rescate de unas características muy concretas. Cuando se queda con un objeto le busca un sitio en el estudio cuidadosamente; allí va a pasar un tiempo conviviendo con el resto de elementos, consolidando una identidad, creciendo, transformándose, relacionándose.

Los ciclos emocionales coordinan y modulan el proceso creativo hasta puntos que a veces no entendemos, sin embargo, las exposiciones de Marina tienen algo de catálogo de estados de ánimo. Le gusta dejar el cuerpo abierto del proceso emocional, sin huir de la aparición de momentos contradictorios o rupturas de ritmo. Así, quien contempla, puede reconocerse en la misma vida que resuena entre estas fisuras. Si nos adentramos en ellas podemos reconocer dos fuerzas que luchan sin fin en su trabajo: una naturaleza entrópica que devora sin piedad las frágiles estructuras

de lo humano y una psicología en crisis procurando mantener orden y otorgar sentido en medio de tal absurdo. El tiempo es un vórtice terrorífico y ante el pánico que suscita, jugamos a administrarlo como un niño juega a representar un oficio adulto. Marina utiliza las agendas y los calendarios, herramientas del racionalismo, pero que también funcionan como fetiche o hechizo que nos protege de ese horror antiguo. Son como una pequeña jaula, en la que encerramos los días para que no se desparramen sobre la vida convirtiéndola en caos, por eso tienen algo de compulsivo y esotérico.

Aunque a veces pase desapercibido, los regalos tienen también que ver con la administración del tiempo. Hemos dedicado el tiempo normalmente reservado a otra cosa a decidir, construir o adquirir el regalo. Al fabricarlo, como una manualidad, ya no regalamos un mero objeto, sino el tiempo dedicado a éste. Quizás por eso este tipo de regalos los hacen los niños, quienes poseen poco más que su propio tiempo. El tiempo se coagula en un regalo; el regalo se carga de espíritu. Esto puede que nos haga darnos cuenta de todas las energías que participan en la manifestación material del objeto, de otra manera no podríamos darle sentido. El regalo se nutre de los afectos y de las deudas, transcribe emociones que van desde el perdón hasta el deseo, fluctúa ligero por la frontera de lo manifestado y lo no manifestado. Es punto de encuentro y de intercambio, una moneda amable. Si el intercambio es entre un objeto y un "gracias", éste no debería tener menos valor que el mismo objeto y es así que el agradecimiento puede estremecer, es consciente del desequilibrio y desea inundarlo todo.

Vuelvo a casa y hay piedras silenciosas que se apoyan en los muebles; ya no soportan libros ni pisan papeles, no hacen otra cosa que revelar un agradecimiento que se mantiene sostenido en el tiempo.

Raúl Lorenzo Pérez